

Bertolt Brecht



B A A L

Personajes

Baal, poeta lírico

Mech, comerciante al por mayor y editor Emilie, su mujer

Dr. Piller, crítico

Johannes Schmidt

Pschierer, director de Aguas

Un joven

Una señora joven

Johanna

Ekart

Luise, camarera

Las dos hermanas

La dueña de la casa

Sophie Barger

El vagabundo

Lupu

Mjurk

La soubrette

Un pianista

El párroco

Bollebol

Gougou

El viejo mendigo

Maja la pordiosera

La mujer joven

Watzmann

Una camarera

Dos gendarmes

Carreteros

Campesinos

Leñadores

CORAL DEL GRAN BAAL

Cuando Baal ya crecía en el seno materno
era pálido el cielo, era grande y eterno,
tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal,
como Baal lo quería, cuando al fin nació Baal.

Y el cielo estaba allí, con pena o alegría,
también si Baal dormido, feliz, no lo veía:
de noche era violeta y Baal un borrachón
devoto en la mañana color melocotón.

Y va de tasca en tasca, iglesia u hospital,
Baal sigue indiferente, cambiando de costumbre.
Por más que esté cansado, jamás se hundirá Baal:
hará bajar al cielo, con toda certidumbre.

En masa vergonzosa de pobres pecadores
se arroja Baal desnudo, revolcándose en paz:
el cielo únicamente, el cielo y sus colores
recubren majestuosos su desnudez procaz.

Y el mundo, mujerzuela que se entrega riendo
a todo el que se deja en sus piernas triturar
le dio algún que otro éxtasis, que le iban complaciendo,
mas Baal nunca moría: no hacía más que mirar.

Y si Baal veía sólo cadáveres en torno
disfrutaba aún el doble, sin ningún embarazo.
Aún hay sitio, decía, no nos causa trastorno,
aún hay sitio, decía, en este amplio regazo.

La mujer, dice Baal, que os lo ha dado ya todo,
¡que se vaya a paseo y que encuentre acomodo!
Nunca teme a los hombres: con mujer, son igual.
Pero teme a los hijos del mismísimo Baal.

Cualquier vicio, no hay duda, siempre sirve de algo,
y también los viciosos, yo ni entro ni salgo.
Si los vicios son buenos, hay que hacer de manera
que se tenga más de uno, porque el tiempo no espera.

Pero no seas vago, no me seas tan flojo.
¡Disfrutar siempre exige, como hay Dios, mucho arrojo!
Hace falta ser fuerte y tener experiencia:
y un gran vientre requiere muchas veces paciencia.

Hacia los gordos buitres Baal levanta la vista,
en el cielo ya esperan el cadáver de Baal.
Pero él se hace el muerto y no hay quien se resista.
Baal se zampa a los buitres, silencioso y genial.

En el Valle de Lágrimas, bajo estrellas sombrías,
pasta Baal en los prados, chasqueando la lengua.
Cuando están ya pelados y han quedado baldíos,
duerme siesta en el bosque, más su sueño no mengua.

Y si el oscuro seno se lo lleva consigo:
¿qué es el mundo para él? Baal está siempre lleno.
Y es que ha sido del cielo tantas veces testigo,
que hasta muerto su cielo es un cielo sereno.

Cuando Baal se pudría ya quizá en el infierno
era pálido el cielo, era grande y eterno,
tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal.
Tal como Baal lo quiso, tal como lo vio Baal.

COMEDOR

Mech, Emilie Mech, Pschierer, Johannes Schmidt, el Dr. Piller, Baal y otros invitados entran por una puerta de dos hojas.

MECH, *a Baal*: Un poco de vino, señor Baal? *Todos se sientan, Baal en el puesto de honor.*

MECH. ¿Le gustan los cangrejos? Esto es cadáver de anguila.

PILLER, *a Mech*: Me alegro de que los inmortales poemas del señor Baal, que he tenido el honor de leerle, hayan merecido su aprobación. *A Baal*: Tiene usted que publicar su poesía. El señor Mech paga como un mecenas. Podrá usted dejar su buhardilla.

MECH. Compro troncos de canela. Bosques enteros de troncos de canela bajan flotando para mí por los ríos brasileños. Pero publicaré también su poesía.

EMILIE. ¿Vive usted en una buhardilla?

BAAL, *comiendo y bebiendo*: Klauckestrasse 64.

MECH. En realidad, estoy demasiado gordo para la poesía. Pero tiene usted el cráneo como un hombre del archipiélago malayo, que tenía la costumbre de que lo hicieran trabajar a latigazos. Sólo trabajaba enseñando los dientes.

PSCHIERER. Señoras y señores. Lo confieso francamente: me ha conmovido encontrar a un hombre así en condiciones tan modestas. Como ustedes saben, descubrí a nuestro querido maestro en mi oficina cuando era un simple principiante. Me atrevo a decir que es una vergüenza para nuestra ciudad dejar que una personalidad así trabaje a sueldo. Lo felicito, señor Mech, porque su salón será llamado cuna de la fama mundial de este genio, sí señor, genio. ¡A su salud, señor Baal!

BAAL *hace un gesto de rechazo; come.*

PILLER. Escribiré un ensayo sobre usted. ¿Tiene originales? Yo puedo contar con los periódicos.

UN JOVEN. ¿Cómo consigue esa condenada ingenuidad, querido maestro? Es algo realmente homérico. Considero a Homero como una o varias personas, sumamente cultas, que adaptaban con gran gusto la ingenuidad de las epopeyas populares.

UNA SEÑORA JOVEN. A mí me recuerda usted más a Walt Whitman. Pero en más importante. Digo yo.

OTRO HOMBRE. Y, sin embargo, tiene más bien algo de Verhaeren, digo yo.

PILLER. ¡Verlaine! ¡Verlaine! Hasta en su fisonomía. No se olviden de nuestro Lombroso.

BAAL. Un poco más de anguila, por favor.

LA SEÑORA JOVEN. Pero usted tiene la ventaja de ser más impúdico.

JOHANNES. El señor Baal les canta sus poemas a los carreteros. En una taberna, a orillas del río.

EL JOVEN. Santo cielo, usted, maestro, es mejor que todos esos. Los poetas de hoy no le llegan a la altura del zapato.

EL OTRO HOMBRE. En cualquier caso, es una esperanza.

BAAL. Un poco más de vino, por favor.

EL JOVEN. Lo considero el precursor del gran Mesías de la poesía europea, al que esperamos con absoluta certeza para el futuro más inmediato.

LA SEÑORA JOVEN. Venerado maestro, señores. Permítanme que les lea un poema de la revista Revolución, que les interesará igualmente. *Se levanta y lee:*

El poeta evita los acordes luminosos.

Sopla las trompetas, fustiga el tambor.

Levanta a su pueblo con frases cortadas.

El mundo nuevo

estirpando el del tormento,

isla de una Humanidad feliz.

Discursos. Manifiestos.

Cantos en las tribunas.

El nuevo santo, Estado,
predicad la sangre de los pueblos, sangre de su sangre,
inoculada.
Comienza el paraíso.
-¡Difundamos una atmósfera de grisú!-
¡Estudiad! ¡Preparaos! ¡Adiestraos!

Aplausos.

LA SEÑORA JOVEN, *precipitadamente*: ¡Permítanme! Hay otro poema más en este número. *Lee*:

El sol lo había cocido
el viento lo había secado
los árboles no lo querían,
lo daban siempre de lado.

Sólo un acerolo bueno
poblado de bayas rojas
como con lenguas de fuego,
le dio refugio en sus hojas.

Y allí quedó balanceándose,
sus pies todavía en el suelo.
Y el sol poniente con sangre
bañó sus flancos de duelo.

Y golpeó los olivares
atravesando el paisaje,
Dios, con su túnica blanca
se apareció entre el celaje.

En las campiñas floridas
serpientes cantan su amor,
y en las gargantas de plata

gorjeaba un suave rumor.

Y estaban todos temblando
sobre el follaje frondoso
al oír las manos del Padre
con su veteado hermoso.

Aplausos.

VOCES. Genial. -Demoníaco y, sin embargo, de buen gusto.
-Sencillamente divino.

LA SEÑORA JOVEN. En mi opinión, es lo que más se aproxima
al sentimiento cósmico de Baal.

MECH. Tendría usted que viajar. Los montes abisinios. Le
gustarían.

BAAL. Ellos no vienen a mí.

PILLER. ¿Para qué? ¡Con su sentimiento vital! Sus poemas me
han hecho una gran impresión.

BAAL. Los carreteros me pagan algo cuando les gustan.

MECH *bebe*: Publicaré su poesía. Dejaré que vayan a la deriva
los troncos de canela o haré ambas cosas.

EMILIE. No deberías beber tanto.

BAAL. No tengo camisas. Unas camisas blancas me vendrían
bien.

MECH. ¿No le interesa la cuestión editorial?

BAAL. Pero tendrían que ser suaves.

PILLER, *irónico*: En su opinión, ¿en qué podría serle útil?

EMILIE. Escribe usted unos poemas tan maravillosos, señor
Baal. Se muestra en ellos tan delicado.

BAAL, *a Emilie*: ¿No quiere tocarnos algo en el armonio?

Emilie toca.

MECH. Me gusta comer al son del armonio.

EMILIE, *a Baal*: Por favor, no beba tanto, señor Baal.

BAAL, *mirando a Emilie*: ¿Así que flotan troncos de canela para usted, Mech? ¿Bosques enteros talados?

EMILIE. Puede beber cuanto quiera. Solo era un ruego.

PILLER. También bebiendo promete usted mucho.

BAAL, *a Emilie*: ¡Toque usted más alto! Tiene hermosos brazos.

Emilie se interrumpe y se acerca a la mesa.

PILLER. ¿Es que no le gusta la música en sí?

BAAL. No puedo oír la música. Hablan ustedes demasiado.

PILLER. Es usted un puerco espín extraño, Baal. Parece que no quiere que lo publiquen.

BAAL. ¿No comercia también con animales, Mech?

MECH. ¿Tiene usted algo en contra?

BAAL, *acariciándole a Emilie el brazo*: ¿Por qué le interesan mis poemas?

MECH. Sólo quería hacerle un favor. ¿Por qué no nos pelas unas manzanas, Emilie?

PILLER. Tiene miedo de que lo exploten... ¿No se le ha ocurrido aún en qué podría servirle?

BAAL. ¿Lleva siempre unas mangas tan amplias, Emilie?

EMILIE. Ahora sí que debería dejar el vino.

PSCHIERER. Quizá debiera ser un tanto precavido con el alcohol. Muchos genios...

MECH. ¿No quiere darse un baño? ¿Hago que le preparen una cama? ¿Ha olvidado alguna otra cosa?

PILLER. Ya van río abajo sus camisas, Baal.

BAAL *bebe*: ¿Por qué ese monopolio? Váyase a la cama, Mech.

MECH, *que se ha levantado*: Me gustan todos los animalitos de Dios. Pero con este no se puede tratar. Vamos, Emilie; vamos, señores.

Todos se han levantado indignados.

VOCES. ¡Señor! -¡Inaudito! -¡Es algo que...!

PSCHIERER. Señor Mech, estoy trastornado...

PILLER. Su poesía tiene algo de perverso.

BAAL, a Johannes: ¿Cómo se llama este señor?

JOHANNES. Piller.

BAAL. Piller, puede usted mandarme periódicos viejos.

PILLER, *saliendo*: ¡Para mí usted no existe! Ni existe para la Literatura.

Salen todos menos Baal.

CRIADO, *entrando*: Su abrigo, señor.

BUHARDILLA DE BAAL

Noche estrellada. Junto a la ventana Baal y el joven Johannes. Contemplan el cielo.

BAAL. Cuando se está de noche sobre la hierba, tendido, se siente en los huesos que la Tierra es redonda y que volamos y que en este astro hay animales que devoran sus plantas. Es uno de los astros más pequeños.

JOHANNES. ¿Sabe algo de astronomía?

BAAL. No.

Silencio.

JOHANNES. Tengo una amada que es la mujer más inocente del mundo, pero en sueños vi una vez cómo la poseía un enebro: su blanco cuerpo estaba tendido sobre el enebro, que la abrazaba con sus ramas nudosas. Desde entonces no puedo dormir.

BAAL. ¿Has visto ya alguna vez ese blanco cuerpo?

JOHANNES. No. Ella es inocente. Hasta sus rodillas... ¿Hay muchos grados de inocencia, no? Sin embargo, cuando a veces, de noche, la acompaño del brazo para dar un paseo, tiembla como una hoja, pero sólo de noche. Y yo soy demasiado débil para hacerlo. Tiene diecisiete años.

BAAL. En tu sueño, ¿le gustaba a ella el amor?

JOHANNES. Sí.

BAAL. ¿Lleva ropa interior blanca en torno al cuerpo, una camisa de nieve entre las rodillas? Cuando la hayas poseído, quizá no sea más que un montón de carne sin rostro.

JOHANNES. Dice usted lo que siento siempre. Yo pensaba que era un cobarde. Comprendo: también usted cree que un abrazo es algo sucio.

BAAL. Eso es lo que gruñen los cerdos cuando no lo consiguen. Pero si estrechas esas caderas virginales, te convertirás en Dios por el miedo y la felicidad de esa criatura. Lo mismo que el enebro tiene muchas raíces entrelazadas, tendréis muchos miembros en un solo lecho, y allí latirán los corazones y correrá la sangre.

JOHANNES. ¡Pero la Ley lo castiga, y los padres!

BAAL. Tus padres *-coge la guitarra-* son personas anticuadas. ¿Cómo pueden abrir la boca, en la que pueden verse sus dientes podridos, para hablar contra el amor, del que puede morir cualquiera? Porque si no soportáis el amor, tendréis que vomitaros encima. *Afina la guitarra.*

JOHANNES. ¿Se refiere al embarazo?

BAAL, *dando unos acordes bruscos*: Cuando el verano pálido y suave se aleja flotando y ellas están empapadas de amor como esponjas, se convierten de nuevo en animales, malvados y pueriles, deformes con sus vientres abultados y sus pechos colgantes y con brazos pegajosos como viscosos pólipos, y sus cuerpos se desintegran y debilitan hasta morir. Y paren con gritos monstruosos, como si se tratase de un nuevo universo, un pequeño fruto. Vomitarán entre sufrimientos lo que un día absorbieron con lujuria. *Puntea escalas.* Hay que tener dientes;

entonces el amor es como cuando se muerde una naranja y el jugo nos chorrea entre los dientes.

JOHANNES. Tiene los dientes de un animal: amarillentos, sólidos, inquietantes.

BAAL. Y el amor es como cuando se deja flotar el brazo desnudo en el agua de un estanque, con algas entre los dedos; como el tormento que empieza a cantar gimiendo ante el árbol borracho sobre el que cabalga el viento salvaje; como un ahogarse a sorbos de vino en un día caluroso, cuando el cuerpo de ella nos penetra como un vino muy fresco en todos los repliegues de la piel, las articulaciones son suaves como plantas al viento, y la violencia del choque, que cederá, es como volar contra la tempestad, y el cuerpo de ella rueda sobre ti como grava fría. Pero el amor es también como un coco, que es bueno mientras está fresco, y hay que escupir cuando el jugo ha sido exprimido y queda sólo la pulpa, que sabe amargo. Tira la guitarra. Pero ya me he cansado de la canción.

JOHANNES. Entonces, ¿quiere usted decir que debo hacerlo, ya que es algo tan bonito?

BAAL. Quiero decir que debes guardarte de hacerlo, ¡Johannes!

TASCA

Mañana. Baal. Carreteros. Ekart al fondo con la camarera Luise. Por la ventana se ven nubes blancas.

BAAL, *contándoles a los carreteros*: El me echó de sus blancos salones porque vomité su vino. Pero su mujer corrió detrás de mí y, por la noche, hubo una fiesta. Sin embargo, ahora no puedo quitármela de encima y estoy harto.

CARRETEROS. Esa se merece unos azotes en el trasero. -Son calientes como yeguas, pero más estúpidas. ¡Tendrían que comer ciruelas! -Yo siempre le doy una paliza a la mía, antes de contentarla.

JOHANNES *entra con Johanna*: Esta es Johanna.

BAAL, *a los carreteros, que se dirigen hacia el fondo*: Ahora estoy con vosotros para cantaros algo. Buenos días, Johanna.

JOHANNA. ¡Johannes me ha leído canciones tuyas! BAAL. Vaya. ¿Cuántos años tiene?

JOHANNES. Cumplió diecisiete en junio.

JOHANNA. Estoy celosa. Siempre está hablando de usted.

BAAL. ¡Está enamorada de su Johannes! Estamos en primavera. Estoy esperando a Emilie... Amar es mejor que gozar.

JOHANNES. Comprendo que acudan a usted los corazones masculinos, pero ¿cómo puede tener éxito con las mujeres?

EMILIE *entra apresuradamente*.

BAAL. Ahí está. Buenos días, Emilie. Johannes ha traído a su novia. ¡Siéntate!

EMILIE. ¡Cómo puedes citarme aquí! ¡Nada más que chusma, y en esta tasca! Eso es lo que te gusta.

BAAL. ¡Luise! ¡Un aguardiente para la señora!

EMILIE. ¿Quieres dejarme en ridículo?

BAAL. No. Vas a beber. Todos somos humanos.

EMILIE. Tú no eres humano.

BAAL. Eso lo sabes tú. *Le alarga a Luise el vaso*. Sin tacañería, doncella. *La abraza*. Hoy estás condenadamente blanda, como una ciruela.

EMILIE. ¡Qué grosero eres!

BAAL. ¡Grítalo más alto, amada!

JOHANNES. En cualquier caso, esto es interesante. La gente sencilla. ¡Cómo bebe y se divierte! Y esas nubes en la ventana!

EMILIE. ¿También lo ha arrastrado aquí? ¿Á esas nubes blancas?

JOHANNA. ¿No sería mejor que nos fuéramos a los prados del río, Johannes?

BAAL. ¡Nada de eso! ¡Nos quedamos aquí! Bebe. El cielo es violeta, sobre todo si se está borracho. Las camas en cambio son blancas. Antes. Hay amor entre el cielo y la tierra. *Bebe*. ¿Por qué sois tan cobardes? ¡El cielo está abierto, pequeñas

sombras! ¡Lleno de cuerpos! ¡Pálido de amor!

EMILIE. Otra vez has bebido demasiado y ahora parloteas. ¡Pero con ese maldito y maravilloso parloteo la lleva a una a donde quiere!

BAAL. El cielo *-bebe-* también amarillo a veces. Con aves de rapiña. Tenéis que emborracharos. Mara bajo la mesa. ¿Quién me está dando en la espinilla? ¿Eres tú, Luise? ¡Ah: eres tú, Emilie! Bueno, no importa. ¡Bebe!

EMILIE, *levantándose a medias*: No sé qué te pasa hoy. Quizás he hecho mal en venir.

BAAL, ¿Ahora te das cuenta? Pero te puedes quedar tranquilamente.

JOHANNA. No debería usted ser así, señor Baal.

BAAL. Tiene buen corazón, Johanna. ¿No engaña alguna vez a su marido, eh?

UN CARRETERO, *relinchando*: ¡La puta de triunfo! ¡Mato!

SEGUNDO CARRETERO. ¡Sigue dándole, dijo la fulana, que ya hemos pasado lo peor! *Risas*. ¡Tendría que tragar ciruelas!

TERCER CARRETERO. ¡Tendría que avergonzarte de serme infiel!, dijo la señora al mozo, que estaba acostado con la criada.

Risas.

JOHANNES, *a Baal*: ¡Hazlo por Johanna, que es una niña!

JOHANNA, *a Ensilie*: ¿Quiere venir conmigo? Nos iremos las dos.

EMILIE, *sollozando sobre la mesa*: Ahora me avergüenzo.

JOHANNA, *rodeándola con el brazo*: La entiendo muy bien, no importa.

EMILIE. ¡No me mire así! Usted es muy joven aún. No sabe nada de nada.

BAAL, *levantándose sombrío*: Comedia: ¡Las hermanas en los infiernos!

Se acerca a los carreteros, coge la guitarra de la pared y la afina.

JOHANNA. Está bebido, señora. Mañana se arrepentirá.
EMILIE. Si usted supiera: siempre es así. Y yo le quiero.
BAAL *canta*:

Orge me decía:

El más bello sitio que en la tierra existe
no es sin duda el césped de una tumba triste.

Nunca es una iglesia, ni un lecho de puta,
ni es ese regazo donde se disfruta.

Orge me decía que si está en un brete
no hay sitio más bello que algún buen retrete.

Ese es un lugar de grandes momentos.

Ese es entre las estrellas y los excrementos.

Un lugar espléndido, nunca te incomodas,
puedes estar solo en tu noche de bodas.

Un lugar humilde donde aquel que viene
sabe que es un hombre que nada retiene.

Un lugar muy sabio, donde a la barriga
puedes prepararla para lo que siga.

Donde, aún reposando, amorosamente,
haces siempre algo, insistentemente.

Donde te das cuenta, si llega la hora,
de que eres un tipo que, hasta allí... ¡devora!

CARRETEROS, *aplaudiendo*: ¡Bravo! —¡Qué hermosa canción! ¡Un coñac para el señor Baal, si lo acepta! —Y la ha compuesto él solito. —¡Hay que descubrirse!

LUISE, *en el centro de la sala*: ¡Es usted increíble, señor Baal! UN CARRETERO. Si se dedicara usted a algo útil: haría carrera. Llegaría a ser rápidamente agente de transportes.

SEGUNDO CARRETERO. ¡Habría que tener una cabezota así!

BAAL. ¡No se engañen! ¡También hay que tener un trasero y todo lo demás! ¡A tu salud, Luise!

Vuelve a su mesa.

¡A tu salud, Emmi! ¡Vamos, bebe al menos, ya que no sabes hacer otra cosa! ¡Que bebas te digo!

Emilie, con lágrimas en los ojos, prueba el vaso de aguardiente.

BAAL. Eso está bien. ¡Ahora al menos tendrás un poco de fuego!

EKART *se ha levantado y, saliendo de detrás del mostrador, se adelanta despacio hacia Baal. Es un tipo delgado e imponente*: ¡Baal! ¡Déjalo estar! ¡Ven conmigo, hermano! A las calles de polvo duro: de noche el aire se vuelve violeta. A las tascas llenas de borrachos: a los ríos negros caen las mujeres que tú has hinchado. A las catedrales de mujercitas blancas; tú dirás: ¿Se puede respirar aquí? A los establos, donde se duerme entre animales: están oscuros y llenos de mugidos de vacas. Y a los bosques, donde tendremos arriba el sonido del bronce y olvidaremos la luz del cielo: Dios nos ha olvidado. ¿Sabes aún qué aspecto tiene el cielo? ¡Te has convertido en tenor! *Abre los brazos*. ¡Ven conmigo, hermano! ¡Baile, música y bebida! ¡Lluvia hasta los huesos! ¡Sol hasta los huesos! ¡Tinieblas y luz! ¡Mujeres y perros! ¿Tanto has degenerado?

BAAL. ¡Luise! ¡Luise! ¡Un ancla! ¡No dejes que me vaya con él! *Luise se le acerca*. ¡Ayudadme, muchachos!

JOHANNES. ¡No te dejes seducir!

BAAL. ¡Mi querido cisne!

JOHANNES. ¡Piensa en tu madre y en tu arte! ¡Sé fuerte! A Ekart: ¡Debería avergonzarse! ¡Es usted el diablo!

EKART. ¡Ven, hermano Baal! ¡Volaremos al cielo felices como dos palomas blancas! ¡Llévame a la luz del sol naciente! ¡Los campos de Dios al viento y el olor de campiñas infinitas, antes de la siega!

JOHANNA. ¡Aguante firme, señor Baal!

EMILIE, *apretándose contra él*: ¡No debes hacerlo! ¡Me oyes! ¡Sería una lástima!

BAAL. ¡Es demasiado pronto, Ekart! ¡Todavía hay otras posibilidades! ¡Ellos no nos acompañan, hermano!

EKART. ¡Entonces vete al diablo, alma de cántaro de corazón adiposo! *Sale.*

CARRETEROS. ¡Venga ese diez de tréboles! -¡Diablos! A contar —¡Se acabó!

JOHANNA. ¡Esta vez ha ganado usted, señor Baal!

BAAL. ¡Estoy sudando! ¿Está libre hoy, Luise?

EMILIE. ¡No debes hablar así, Baal! No sabes el daño que me haces.

LUISE. Deje a la señora, señor Baal. Que ha perdido la cabeza puede verlo hasta un niño.

BAAL. ¡Cállate la boca, Luise! ¡Horgauer!

UN CARRETERO. ¿Qué quiere de mí?

BAAL. Ahí hay una mujer maltratada que necesita amor. ¡Dale un beso, Horgauer!

JOHANNES. ¡Baal!

Johanna abraza a Emilie.

CARRETEROS, *dando en la mesa con los puños y riéndose*: ¡Venga, Andreas! -¡Manos a la obra! -Cosa fina. ¡Suénate antes los mocos, André! -¡Qué bestia es usted, señor Baal!

BAAL. ¿Eres fría, Emilie? ¿Me quieres? ¡Es un tímido, Emmi! ¡Bésalo tú! Si me pones mala cara a la gente, vas a ver lo que es bueno. Uno. Dos. El cochero se inclina.

EMILIE: *levanta hacia él su rostro bañado en lágrimas, él la besa sonoramente.*

Grandes risas.

JOHANNES. ¡Eso ha estado mal, Baal! Beber lo hace malvado y entonces se siente bien. Es demasiado fuerte.

CARRETEROS. ¡Bravo! ¡Qué se le habrá perdido a esa en las tascas! —¡Así tiene que ser un hombre! —¡Es una adúltera! —¡Tiene lo que se merece! *Se disponen a irse.* ¡Debería comer ciruelas!

JOHANNA. ¡Qué asco, deberían avergonzarse!

BAAL, *acercándose a ella*: ¿Por qué le tiemblan las rodillas, Johanna?

JOHANNES., ¿Qué quieres?

BAAL *poniéndole la mano en el hombro*: ¡Por qué quieres escribir también poesía! Cuando la vida es tan decente: cuando nos deslizamos de espaldas sobre un río tumultuoso, desnudos bajo un cielo de color naranja, y sólo vemos cómo ese cielo se vuelve violeta, y luego negro como un agujero... cuando pisoteamos a nuestro enemigo... o ponemos música a nuestro dolor... o, sollozando de penas de amor, nos comemos una manzana... o hacemos curvarse sobre un lecho un cuerpo de mujer...

JOHANNES *se lleva afuera a Johanna en silencio.*

BAAL, *apoyado en la mesa*: ¿Lo habéis notado? ¿No os ha recorrido la piel? ¡Ha sido un circo! ¡Hay que soltar las fieras! ¡Las fieras al sol! ¡Pagar! ¡El amor a la luz del día! ¡Desnudos al sol bajo el cielo!

CARRETEROS, *estrechándole la mano*: ¡Adiós señor Baal! —¡Para servirle, señor Baal! —Mire, señor Baal: Yo siempre me he dicho: el señor Baal debe de andar mal de la cabeza. Con todo eso de las canciones y en general. Pero una cosa es segura: ¡tiene el corazón en su sitio! —¡Hay que saber tratar a las mujeres! —Hoy, hoy mismo se les ha visto el culo. —¡Buenos días, señor circo! *Salen.*

BAAL. ¡Buenos días, queridos amigos! *Emilie se ha echado en el banco y solloza. Baal le acaricia la frente con el dorso de la mano.* ¡Emmi! Ahora puedes estar tranquila. Ya se ha acabado.

Le levanta la cara, le aparta el pelo del rostro mojado. ¡Olvídalo! Se arroja pesadamente sobre ella y la besa.

BUHARDILLA DE BAAL

1

Amanecer. Baal y Johanna sentados al borde de la cama.

JOHANNA. ¡Pero qué he hecho! Soy mala.

BAAL. ¡Sería mejor que te lavaras!

JOHANNA. Todavía no sé cómo.

BAAL. Toda la culpa es de Johannes. Te arrastra hasta aquí y se larga con viento fresco en cuanto comprende por qué te tiemblan las rodillas.

JOHANNA, *poniéndose en pie, más bajo*: Si hubiera vuelto...

BAAL. Y ahora viene la parte literaria. Se acuesta otra vez. Alborada en el monte Ararat.

JOHANNA. ¿Me levanto?

BAAL. Después del diluvio. ¡Quédate acostada!

JOHANNA. ¿No quieres abrir la ventana?

BAAL. Me gusta este olor... ¿Qué te parecería una nueva edición? Lo pasado, pasado.

JOHANNA. ¡Cómo puede ser tan vulgar!

BAAL, *perezosamente, en la cama*: Blanco y purificado por el diluvio, Baal deja que sus pensamientos vuelen como palomas sobre las aguas negras.

JOHANNA. ¿Dónde está mi corpiño? Así no puedo...

BAAL, *alargándose*: ¡Toma!... ¿Qué es lo que no puedes, querida?

JOHANNA. Irme a casa. Lo deja caer, pero se viste.

BAAL *silba*: ¡Qué chica más revoltosa! Se te notan todos los huesos. ¡Dame un beso!

JOHANNA, *junto a la mesa, en medio de la habitación*: ¡Dime

algo! Baal guarda silencio. ¿Me quieres aún? ¡Dímelo! Baal silba. ¿No puedes decírmelo?

BAAL, *mirando al techo*: Estoy hasta la coronilla.

JOHANNA. ¿Y qué ha sido entonces lo de esta noche? ¿Y lo de antes?

BAAL. Johannes es muy capaz de armar jaleo. También Emilie anda por ahí como un velero con una vía de agua. Aquí podría morirme de hambre. Y vosotras sois incapaces de mover un dedo por uno. Lo único que os importa es una cosa.

JOHANNA *recoge la mesa, confusa*: ¿Y... nunca has sentido otra cosa por mí?

BAAL. ¿Te has lavado? ¡No tienes sentido común! ¿Es que no te ha gustado también? ¡Pues en marcha hacia casa! A Johannes le puedes decir que ayer te llevé yo a casa, echando pestes de él. Ha llovido. *Se envuelve en la manta.*

JOHANNA. ¿Johannes? *Se dirige fatigosamente hacia la puerta, sale.*

BAAL, *volviéndose vivamente*: ¡Johanna! Sale de la cama y va a la puerta, ¡Johanna! Junto a la ventana. ¡Se va! ¡Se va!

2

Mediodía. Baal en la cama.

BAAL, *canturreando*:

Beber hacia el cielo de noche

oscuro; y a veces violeta;

tu cuerpo en camisa, un derroche...

LAS DOS HERMANAS *entran abrazadas.*

LA HERMANA MAYOR. Nos dijo que le hiciéramos otra visita.

BAAL *sigue canturreando*:

De golpes en cama discreta.

LA MAYOR. Ya estamos aquí, señor Baal.

BAAL. Ahora vienen de dos en dos al palomar, ¡Desnudaos! LA

MAYOR. Nuestra madre oyó rechinar la escalera la semana pasada. *Le abre la blusa a su hermana.*

LA MENOR. Ya estaba oscuro en la escalera cuando subimos a hurtadillas a esta habitación.

BAAL. Un día me hartaré de vosotras.

LA MENOR. ¡Yo me tiraría al río, señor Baal!

LA MAYOR. Seríamos dos...

LA MENOR. Me da vergüenza, hermana.

LA MAYOR. No es la primera vez...

LA MENOR. Pero nunca había tanta luz, hermana. Fuera es pleno mediodía.

LA MAYOR. Ni tampoco la segunda...

LA MENOR. También tú tienes que desnudarte.

LA MAYOR. También yo me desnudo.

BAAL. Cuando estéis listas, venid. Para entonces se habrá hecho oscuro.

LA MENOR. Hoy te toca a ti primero, hermana.

LA MAYOR. También la última vez fui yo la primera...

LA MENOR. No, fui yo.

BAAL. Os toca a las dos juntas.

LA MAYOR *se levanta y rodea con los brazos a la menor*: Estamos listas, hay tanta luz aquí.

BAAL. ¿Hace calor fuera?

LA MAYOR. Sólo es abril.

LA MENOR. Pero hoy el sol calienta afuera.

BAAL. ¿Os gustó la última vez?

Silencio.

LA MAYOR. Una se tiró al río: Johanna Reiher.

LA MENOR. Al Laach. Yo no me tiraría allí. Hay tanta corriente.

BAAL. ¿Al río? ¿Y se sabe por qué?

LA MAYOR. La gente habla. Los rumores se extienden.

LA MENOR. Salió una tarde, y no volvió en toda la noche.

BAAL. ¿No volvió a la mañana?

LA MENOR. No, y luego se tiró al río. Sin embargo, no la han

encontrado aún.

BAAL. Estará aún flotando...

LA MENOR. ¿Qué te pasa, hermana?

LA MAYOR. Nada. Quizá me haya enfriado.

BAAL. Hoy estoy tan perezoso, que os podéis volver a casa.

LA MAYOR. No puede hacer eso, señor Baal. ¡No puede hacérselo a ella!

Llaman a la puerta.

LA MENOR. Han llamado. Será mamá.

LA MAYOR. ¡Por amor del cielo, no abra!

LA MENOR. Tengo miedo, hermana.

LA MAYOR. ¡Toma tu blusa!

Llaman más fuerte.

BAAL. Si es vuestra madre, tendréis que pagar los vidrios rotos.

LA MAYOR, *vistiéndose muy deprisa*: No abra aún. Corra el pestillo, ¡por amor del cielo!

LA DUEÑA DE LA CASA, *gorda, entrando*: ¡Vaya, qué veo, me lo estaba imaginando! ¡Ahora dos a la vez! ¿No os da vergüenza? ¿Las dos en el mismo charco? ¡De la mañana a la noche y de la noche a la mañana, esa cama no se enfría! ¡Pero ahora me toca a mí: mi buhardilla no es ningún burdel!

BAAL *se vuelve hacia la pared*.

LA DUEÑA DE LA CASA. ¿Tiene sueño, eh? Claro, ¿es que nunca se harta de carne? La luz del sol lo traspasa ya. Está completamente espiritualizado. No le queda más que piel y huesos.

BAAL, *con un movimiento del brazo*: ¡Vienen a mí agitando las alas como cisnes!

LA DUEÑA DE LA CASA *juntando las manos*: ¡Bonitos cisnes! ¡Qué forma de hablar! ¡Podría usted ser poeta! ¡Si no se le pudren antes las rodillas!

BAAL. Nado entre cuerpos blancos.

LA DUEÑA DE LA CASA. ¡Cuerpos blancos! ¡Es usted poeta! ¡Pero es algo más que eso! ¡Y estas jovencitas! ¿Seguro que sois hermanas, no? Seguro que sois huerfanitas, porque enseguida os ponéis a lloriquear. ¿Queréis que os dé unos azotes? ¿En esos cuerpos blancos?

BAAL se ríe.

LA DUEÑA DE LA CASA. ¿Y todavía se ríe? ¡Corrompe a montones de pobres chicas, arrastrándolas a su cueva! ¡Qué asco, es usted una bestia! Pero lo voy a echar. ¡Y vosotras, menead las piernas y a casita con mamá, que enseguida voy yo!

LA MENOR llora más fuerte.

LA MAYOR. No es culpa de ella, señora.

LA DUEÑA DE LA CASA *cogiéndolas a las dos de la mano*: Ahora llueve, ¿eh? ¡Qué gente! ¡Bueno, tampoco sois las únicas! ¡Ese se harta de cisnes! ¡Ha hecho felices a muchas otras, tirando luego los pellejos a la basura! ¡Pero ahora, a respirar aire puro! ¡De nada sirve derramar agua salada! *Las coge a las dos de los hombros*. ¡Yo sé cómo es ese! Conozco su estilo. Pero basta de mocos, ¡se os nota en los ojos! Marchaos tranquilamente a casita con mamá, cogiditas de la mano, y no volváis a hacerlo otra vez. *Las empuja hacia la puerta*. Y usted: ¡a usted voy a echarlo! ¡Ya puede ir instalando su pocilga para cisnes en otra parte! *Las empuja a las dos hacia afuera y sale*.

BAAL se levanta, se despereza: ¡Canalla con corazón!... De toda formas hoy me siento condenadamente perezoso. *Arroja papel sobre la mesa y se sienta delante*. Voy a hacer un nuevo Adán. *Dibuja grandes iniciales en el papel*. Lo intentaré con el hombre interior. Estoy totalmente vaciado, pero tengo un hambre de lobo. No me queda más que piel y huesos. ¡Canalla! *Se recuesta, se estira a placer, enfáticamente*: Ahora voy a hacer el verano. Rojo. Escarlata. Voraz. *Vuelve a guardar silencio*.

3

Atardecer. Baal sentado a la mesa.

BAAL abraza la botella de aguardiente. Con pausas: Ya llevo cuatro días emborrinando el papel de verano rojo: salvaje, pálido, voraz y luchando con la botella de aguardiente. Hay derrotas, pero los cuerpos comienzan a huir en los muros hacia la oscuridad, hacia las tinieblas egipcias. Los arrinconan contra las paredes de madera, pero no debo beber más aguardiente. Parloteando: El aguardiente blanco es mi apoyo y mi sostén. Desde que la nieve gotea del canalón, refleja el papel, que permanece inalterado. Pero ahora me tiemblan las manos. Como si tuviera aún en ellas los cuerpos. Escucha. El corazón me da coces. Se exalta: ¡Oh Johanna, una noche más en tu acuario y me hubiera podrido entre los peces! Pero ahora llevo el olor de las suaves noches de mayo. Soy un amante sin amada. Sucumbo. Bebe, se levanta. Tengo que mudarme de casa. Pero antes me buscaré una mujer. Desnudarse solo es triste. Mira por la ventana. ¡Cualquiera! ¡Con rostro de mujer! Sale canturreando. Abajo, un armonio toca el Tristán.

JOHANNES entra por la puerta, pálido y demacrado. Revuelve los papeles de la mesa. Levanta la botella. Se dirige tímidamente hacia la puerta y espera allí.

Ruidos en la escalera. Silbidos.

BAAL entra, empujando a Sophie. Silba: ¡Sé buena, querida! Esta es mi habitación. Se sienta. Ve a Johannes. ¿Qué haces tú aquí?

JOHANNES. Sólo quería...

BAAL. ¿Ah sí? ¿Sólo querías? ¿Andabas por aquí? ¿Una lápida sepulcral de mi difunta Johanna? El cadáver de Johannes, llegado del otro mundo, ¿no? ¡Fuera! ¡Márchate inmediatamente! Lo persigue por la habitación. ¡Qué falta de

vergüenza! ¡Te voy a poner contra la pared, al fin y al cabo es primavera! ¡Venga!

JOHANNES *lo mira y sale.*

BAAL *silba.*

SOPHIE. ¿Qué le ha hecho ese muchacho? ¡Deje que me vaya!

BAAL *abre la puerta de par en par:* ¡Al llegar al primer piso, tuerza a la derecha!

SOPHIE. Nos siguieron cuando me cogió ante la puerta. Me encontrarán.

BAAL. Aquí no te encontrará nadie.

SOPHIE. Yo no lo conozco a usted de nada. ¿Qué va a hacer conmigo?

BAAL. Si me lo preguntas, ya te puedes ir.

SOPHIE. Me asaltó en plena calle. Creí que era un orangután.

BAAL. Al fin y al cabo es primavera. ¡Hacía falta algo blanco en esta maldita covacha! ¡Una nube! *Abre la puerta y escucha.* Los muy idiotas han perdido la pista.

SOPHIE. Me echarán si vuelvo demasiado tarde.

BAAL. Y sobre todo, si vuelves así.

SOPHIE. ¿Cómo?

BAAL. Con el aspecto que se tiene después de haber sido amada por mí.

SOPHIE. No sé por qué sigo aquí.

BAAL. Yo te lo puedo decir.

SOPHIE. ¡Por favor, no piense mal de mí!

BAAL. ¿Por qué no? Eres una hembra como las demás. Las cabezas son distintas. Las rodillas son todas débiles.

SOPHIE *quiere y no quiere irse, se vuelve al llegar a la puerta; a Baal, que sentado en una silla a horcajadas la mira:* ¡Adiós!

BAAL, *indiferente:* ¿Le falta aire?

SOPHIE. No sé, me siento tan débil. *Se apoya contra la pared.*

BAAL. Yo sí sé. Es el mes de abril. Está oscureciendo y notas mi olor. Lo mismo les pasa a los animales. *Se levanta.* ¡Y ahora eres del viento, nube blanca! *Se precipita hacia adelante, cierra de golpe la puerta y coge a Sophie Barger a sus brazos.*

SOPHIE, *sin alientos:* ¡Déjame!

BAAL. Me llamo Baal.

SOPHIE. ¡Déjame!

BAAL. Tienes que consolarme. Estaba débil por el invierno. Y tú pareces una mujer.

SOPHIE, *levantando los ojos hacia él*: ¿Te llamas Baal...?

BAAL. ¿Sigues queriendo irte a casa?

SOPHIE, *mirándolo*: Eres tan feo, tan feo, que das miedo... Pero luego...

BAAL. ¿Sí?

SOPHIE. Luego no importa.

BAAL *la besa*: ¿Tienes las rodillas fuertes, eh?

SOPHIE. ¿Sabes al menos cómo me llamo? Me llamo Sophie Barger.

BAAL. Olvídalo. La besa.

SOPHIE. No... no... Sabes que hasta ahora nadie...

BAAL. ¿Eres inmaculada? ¡Ven! *La lleva hacia el fondo, la cama. Se sienta.* ¡Mira! En esta habitación de madera ha habido cascadas de cuerpos: pero ahora quiero un rostro. Por la noche saldremos. Nos acostaremos entre las plantas. Eres una mujer. Yo me he vuelto impuro. ¡Tienes que quererme un momento!

SOPHIE. ¿Eres así?... Me gustas.

BAAL *apoya la cabeza en el pecho de ella*: Ahora el cielo está sobre nosotros y no estamos solos.

SOPHIE. Pero tienes que estarte quieto.

BAAL. ¡Como un niño!

SOPHIE *se incorpora*: En casa está mi madre: tengo que volver a casa.

BAAL. ¿Es vieja?

SOPHIE. Setenta años.

BAAL. Entonces está acostumbrada al mal.

SOPHIE. ¿Y si se me tragase la tierra? ¿Si fuera arrastrada a una cueva al atardecer y no volviera a salir?

BAAL. ¿Nunca? *Silencio.* ¿Tienes hermanos?

SOPHIE. Sí. Me necesitan.

BAAL. El aire de esta habitación es como leche. *Se levanta, va a*

la ventana. Los sauces del río chorrean, desgredados por la lluvia. La abraza. Debes de tener unos muslos tan pálidos.

CASAS BLANQUEADAS, DE TRONCOS DE ÁRBOL PARDOS

Campanadas lúgubres. Baal. El vagabundo, hombre pálido y borracho.

BAAL describe semicírculos a grandes pasos alrededor del vagabundo, que está sentado en una piedra, con el pálido rostro levantado: ¿Quién ha clavado esos cadáveres de árboles en las paredes?

VAGABUNDO. El aire pálido y ebúrneo en torno a los cadáveres de los árboles: es Corpus.

BAAL. ¡Y por añadidura campanas, cuando las plantas revientan!

VAGABUNDO. A mí las campanas me levantan la moral.

BAAL. ¿No te deprimen los árboles?

VAGABUNDO. ¡Bah!, cadáveres de árboles? *Bebe aguardiente de una botella.*

BAAL. ¡No son mejores los cuerpos de mujer!

VAGABUNDO. ¿Qué tienen que ver los cuerpos de mujer con las procesiones?

BAAL. ¡Son una porquería! Tú no amas a nadie.

VAGABUNDO. El blanco cuerpo de Jesús: ¡lo amo! *Le tiende la botella.*

BAAL, *más suavemente*: Tengo canciones en este papel. Pero ahora colgarán en el retrete.

VAGABUNDO *transfigurado*: ¡¡Servir!! A Jesús Nuestro Señor: veo el blanco cuerpo de Jesús. Veo el blanco cuerpo de Jesús. Jesús amaba el mal.

BAAL *bebe*: Como yo.

VAGABUNDO. ¿Conoces la historia de Jesús y el perro muerto? Todos decían: ¡Es una carroña pestilente! ¡Llamad a la policía! ¡Es intolerable! Pero él dijo: tiene unos dientes blancos

preciosos.

BAAL. Tal vez me haga católico.

VAGABUNDO. Él no se hizo. *Le quita la botella.*

BAAL *vuelve a dar vueltas indignado*: Pero los cuerpos de mujer que él clavó en las paredes, eso yo no lo haría.

VAGABUNDO. ¡Clavados a las paredes! ¡No bajaban flotando por los ríos! Los sacrificaron por él, por el blanco cuerpo de Jesús.

BAAL *le quita la botella, se aparta*: Tiene usted en el cuerpo demasiada religión o demasiado aguardiente. *Sale con la botella.*

VAGABUNDO, *destempladamente, le grita*: ¡Así que no quiere luchar por sus ideales, señor! ¿No quiere lanzarse a la procesión? ¿Ama las plantas y no quiere hacer nada por ellas?

BAAL. Bajaré al río y me lavaré. Nunca me ocupó de cadáveres. *Sale.*

VAGABUNDO. Yo, en cambio, tengo aguardiente en el cuerpo y no aguanto esto. No aguanto esas malditas plantas muertas. Si tuviera mucho aguardiente en el cuerpo, quizá podría aguantarlo.

NOCHE DE MAYO BAJO LOS ÁRBOLES

Baal. Sophie.

BAAL, *perezoso*: Ha dejado de llover. La hierba debe de estar todavía húmeda... Nuestras hojas no las ha atravesado el agua... El follaje nuevo chorrea, pero aquí, en las raíces, se está en seco. *Furioso*: ¿Por qué no se podrá dormir con las plantas?

SOPHIE. ¡Escucha!

BAAL. ¡El salvaje silbar del viento en el follaje húmedo y negro! ¿Oyes cómo gotea la lluvia a través de las hojas?

SOPHIE. He sentido una gota en el cuello... ¡Tú, déjame!

BAAL. El amor nos arranca la ropa del cuerpo como un torbellino y nos entierra desnudos con cadáveres de hojas, después de haber visto el cielo.

SOPHIE. Quisiera arrebuojarme dentro de tí, porque estoy desnuda, Baal.

BAAL. Estoy borracho y tú vacilas. El cielo está negro y nosotros nos columpiamos, con amor en el cuerpo, y el cielo está negro. Te amo.

SOPHIE. ¡Oh Baal! Mi madre llora ahora sobre mi cadáver, creerá que me he ahogado. ¿Cuántas semanas han pasado? No era mazo aún. Quizás hayan pasado ya tres semanas.

BAAL. Han pasado ya tres semanas, dijo la amada en las raíces del árbol, cuando habían pasado treinta años. Y ya estaba medio podrida.

SOPHIE. Es bueno estar así echada como un botín, y tener el cielo arriba y no estar nunca más sola.

BAAL. Te voy a quitar la blusa otra vez.

CAFÉ NOCTURNO «LA NUBE EN LA NOCHE»»

Un cafetín inmundo, un camerino encalado, en el fondo, a la izquierda, una cortina de color pardo oscuro, a la derecha, a un costado, una puerta de tablas blanqueadas que conduce al retrete; a la derecha, al fondo, una puerta. Cuando está abierta, se ve la noche azul. En el café, al fondo, canta la Soubrette.

BAAL con el torso desnudo, va de un lado a otro, bebiendo y canturreando.

LUPU, un muchacho gordo y pálido de pelo negro v brillante, con dos mechones aplastados contra el rostro sudoroso blanco, y de nuca prominente, en la puerta de la derecha: Otra vez ha vuelto a derribar la farola.

BAAL. Aquí no vienen más que cerdos. ¿Dónde está mi ración de aguardiente?

LUPU. Se la ha bebido ya toda.

BAAL. ¡Cuidado!

LUPU. El señor Munk dijo no sé qué de una esponja.

BAAL. Entonces, ¿no me dan aguardiente?

LUPU. Dice el señor Mjurk que antes de la función no hay más aguardiente para usted. Lo siento.

MJURK, *desde la cortina*: ¡Lárgate, Lupu!

BAAL. Tengo que tener mi ración, Mjurk, o no habrá poesía.

MJURK. No debería beber tanto; si no, una noche no podrá ya cantar.

BAAL. ¿Entonces, para qué cantar?

MJURK. Usted, con la soubrette Savettka, es el número más brillante de «La nube en la noche». Yo mismo lo descubrí. ¿Cuándo se ha visto un alma tan delicada dentro de semejante bola de grasa? La clave del éxito es la bola de grasa, no la poesía. Su manera de beber aguardiente me arruina.

BAAL. Estoy harto de pelearme todas las noches por el aguardiente de mi contrato. Me voy.

MJURK. Tengo a la policía de mi parte. Debería usted dormir alguna noche, hombre, anda por ahí como si lo hubieran desjarretado. ¡Deshágase de su amante! *Aplausos en el café*. Ahora viene su número.

BAAL. Estoy hasta la coronilla.

LA SOUBRETTE, *con el pianista, hombre pálido y apático, sale de detrás de la cortina*: ¡Se acabó por hoy!

MJURK, *obligando a Baal a ponerse un frac*: Aquí no se puede salir a escena medio desnudo.

BAAL. ¡Idiota! Se quita el frac y sale por la cortina, arrastrando la guitarra.

LA SOUBRETTE *se sienta y bebe*: Sólo trabaja por una amante, con la que vive. Es un genio. Lupu lo imita desvergonzadamente. Ha adoptado el mismo tono y la misma amante.

EL PIANISTA, *apoyado en la puerta del retrete*: Sus canciones son divinas, pero desde hace once noches se pelea con Lupu por su ración de aguardiente.

LA SOUBRETTE *bebe*: Qué miseria la nuestra.

BAAL, *detrás de la cortina*: Jesusito de mi vida, eres niño como yo, por eso yo os quiero tanto y os regalo mi canción. *Aplausos, Baal sigue, acompañándose con la guitarra*:

Soplaba brisa en el cuarto.

De ciruelas estaba harto.
Y el niño con abandono
se ponía el cuerpo a tono.

Aplausos en el café y gritos de burla. Baal sigue cantando y el alboroto va en aumento, porque la canción se vuelve cada vez más desvergonzada. Finalmente se produce un enorme tumulto en el café.

EL PIANISTA, *apático*: ¡Diablos, se ha pasado! ¡Una ambulancia! Ahora les habla Mjurk, pero lo van a descuartizar. Se lo ha contado demasiado crudo.

BAAL *sale de detrás de la cortina, arrastrando la guitarra.*

MJURK, *tras él*: Animal, le voy a ajustar las cuentas. ¡Va a cantar su número! ¡Tal como está en el contrato! ¡Si no, llamaré a la policía! *Vuelve a la sala.*

EL PIANISTA. Nos va a arruinar, Baal.

BAAL *se lleva la mano al cuello y va hacia la derecha, hacia la puerta del retrete.*

EL PIANISTA, *sin apartarse*: ¿Adónde va?

BAAL *lo aparta de un empujón. Sale por la puerta con su guitarra.*

LA SOUBRETTE. ¿Se lleva la guitarra al retrete? ¡Divino!

PARROQUIANOS, *asomando la cabeza*: ¿Dónde está ese puerco? —¡Qué siga cantando! —¡Nada de pausa! —¡Maldito cerdo! *Vuelven a la sala.*

MJURK *entra*: He hablado como un mayor del Ejército de Salvación. La policía está con nosotros. Pero los muchachos vuelven a patalear reclamándolo. ¿Dónde está ese tipo? Tiene que salir.

EL PIANISTA. El gran artista está en el retrete.

Gritos desde atrás: ¡Baal!

MJURK, *aporreando la puerta*: ¡Señor! ¡Conteste! Maldita sea, le prohíbo que se encierre. En horas que yo le estoy pagando. ¡Lo tengo por escrito! ¡Estafador! *Sigue aporreando*

excitadamente.

LUPU, *en la puerta de la derecha; se ve la noche azul:* La ventana del retrete está abierta. El buitre ha volado. Sí no hay aguardiente, no hay poesía.

MJURK. ¿Está vacío? ¿Ha volado? ¿Se ha ido por el retrete? ¡Tramposo! Iré a la policía. *Se precipita afuera. Gritos acompasados desde atrás: ¡Baal! ¡Baal! ¡Baal!*

CAMPOS VERDES, CIRUELOS AZULES

Baal. Ekart.

BAAL, *lentamente, a través de los campos:* Desde que el Cielo está más verde y preñado, aire de julio, viento, isin camisa en los pantalones! *Volviéndose a Ekart:* Me afilan los muslos desnudos. Tengo el cráneo hinchado por el viento, y en el pelo de las axilas el olor de los campos. El aire tiembla como si estuviera borracho de aguardiente.

EKART, *detrás de él:* ¿Por qué huyes de los ciruelos como un elefante?

BAAL. ¡Ponme la aleta en el cráneo! Se me hincha a cada pulsación y se desinfla luego como una vejiga. ¿No lo sientes al tacto?

EKART. No.

BAAL. No entiendo nada de mi alma.

EKART. ¿No tendríamos que tumbarnos en el agua?

BAAL. Mi alma, hermano, es el gemido de los trigales que se mecen al viento y el centelleo de los ojos de dos insectos que quieren devorarse.

EKART. Un muchacho de tripas inmortales, enloquecido por el mes de julio, eso es lo que tú eres. ¡Una bola que un día dejará en el cielo unas manchas de grasa!

BAAL. Es de papel. Pero no importa.

EKART. Mi cuerpo es ligero como una ciruelita al viento.

BAAL. Eso se debe al pálido cielo de verano, hermano. ¿Nos abandonamos al agua tibia de algún charco azul? Si no, las blancas carreteras nos arrastrarán al cielo como si fueran

cuerdas de ángeles.

TABERNA DE ALDEA

Atardecer. Campesinos en torno a Baal. Ekart en un rincón.

BAAL. ¡Me alegro de teneros a todos reunidos! Mi hermano llegará mañana por la noche. Para entonces tienen que estar aquí los toros.

UN CAMPESINO, *boquiabierto*: ¿Y cómo se puede saber si un toro es como lo quiere vuestro hermano?

BAAL. Eso sólo lo sabe mi hermano. Tienen que ser sólo animales hermosos. Si no, será inútil. ¡Un aguardiente, patrón!

SEGUNDO CAMPESINO. ¿Y lo comprará enseguida?

BAAL. Al que tenga el lomo más robusto.

TERCER CAMPESINO. Traerán toros de once aldeas, por el precio que ofreces.

PRIMER CAMPESINO. ¡Mira mi toro!

BAAL. ¡Patrón, un aguardiente!

LOS CAMPESINOS. ¡Mi toro es el mejor! ¿Mañana por la noche, dice? —*Se disponen a irse.* — ¿Pasarán aquí la noche?

BAAL. Sí. ¡En una sola cama!

Salen los campesinos.

EKART. ¿Pero qué te propones? ¿Te has vuelto loco?

BAAL. ¿No ha sido estupendo ver cómo parpadeaban y se les abría la boca, y luego empezaban a entender y a echar cuentas?

EKART. Por lo menos nos hemos metido en el cuerpo unos vasos de aguardiente. ¡Pero ahora hay que poner pies en polvorosa!

BAAL. ¿Pies en polvorosa ahora? ¿Estás loco?

EKART. ¿Entonces el chalado eres tú? ¡Piensa en los toros!

BAAL. Claro, ¿para qué engañar si no a los muchachos?

EKART. ¿¡Pues por unos aguardientes!?

BAAL. ¡Tú deliras! Quiero darte una fiesta, Ekart. *Abre la ventana que tiene detrás. Oscurece. Vuelve a sentarse.*

EKART. Estás borracho por los seis aguardientes. ¡Qué vergüenza!

BAAL. Será maravilloso. Me gustan esas gentes sencillas. ¡Te ofreceré un espectáculo divino, hermano! ¡Salud!

EKART. Te gusta tomarles el pelo a los ingenuos. Esos pobres muchachos me romperán el cráneo, ¡y a ti también!

BAAL. Les servirá de lección. En este atardecer cálido, pienso en ellos con cierta ternura. Vienen para engañarnos, a su manera sencilla, y eso me gusta.

EKART *se pone en pie*: Bueno, o los toros o yo. Me voy antes de que el patrón sospeche algo.

BAAL, *sombrío*: El atardecer es tan cálido. Quédate una hora más. Luego me iré contigo. Ya sabes que te quiero. Desde aquí se huele el estiércol de los campos. ¿Crees que el patrón servirá otro aguardiente a los organizadores de lo de los toros?

EKART. Oigo pasos.

PÁRROCO *entra. A Baal*: Buenas tardes. ¿Es usted el de los toros?

BAAL. El mismo.

PÁRROCO. ¿Por qué ha organizado todo este timo?

BAAL. No tenemos otra cosa en el mundo. ¡Qué fuerte es el olor del heno! ¿Es siempre así al atardecer?

PÁRROCO. ¡Su mundo me parece muy pobre, amigo!

BAAL. Mi cielo está lleno de árboles y de cuerpos.

PÁRROCO. No hable de lo que no sabe. El mundo no es su circo.

BAAL. ¿Pues qué es el mundo?

PÁRROCO. ¡Váyase! Sabe: soy un hombre de buen carácter. No le guardaré rencor por nada. Ya he arreglado las cosas.

BAAL. ¡Este hombre justo no tiene sentido del humor, Ekart!

PÁRROCO. ¿No comprende lo pueril que era su plan? *A Ekart*: ¿Pero qué quiere este hombre?

BAAL, *recostándose*: En el crepúsculo, al atardecer... Naturalmente tiene que ser al atardecer y naturalmente el cielo tiene que estar cubierto, y cuando el aire está tibio y sopla un

poco de viento, llegan los toros. Acuden trotando de todas partes, es un espectáculo grandioso. Y esas pobres gentes ahí en medio, sin saber qué hacer con los toros, engañadas: sólo han presenciado un espectáculo grandioso. Me gusta también la gente engañada. ¿Y dónde pueden verse tantos toros juntos?

PÁRROCO. ¿Y para eso quería movilizar siete aldeas?

BAAL. ¡Qué son siete aldeas al lado de un espectáculo así!

PÁRROCO. Ahora entiendo. Es usted un pobre hombre. ¿Y sin duda le gustan mucho los toros?

BAAL. ¡Vámonos, Ekart! Lo ha estropeado todo. Cristo no ama ya a los animales.

PÁRROCO *se ríe, luego serio*: Pues no podrá darse ese gusto. ¡Váyase y no vuelva a llamar la atención! ¡Creo que le hago un buen servicio, amigo!

BAAL. ¡Vámonos, Ekart! ¡No tendrán tu fiesta, hermano! *Sale lentamente con Ekart.*

PÁRROCO. ¡Buenas noches! ¡Patrón, yo pago la cuenta de los señores!

PATRÓN, *desde detrás del mostrador*: Once aguardientes, reverendo.

ÁRBOLES AL ATARDECER

Seis o siete leñadores sentados, apoyados en los árboles. Entre ellos, Baal. Un cadáver en la hierba.

UN LEÑADOR. Era un roble. No murió enseguida, sino que estuvo sufriendo.

SEGUNDO LEÑADOR. Esta mañana mismo decía que le parecía que el tiempo mejoraba. Así era como le gustaba a él: verde con un poco de lluvia. Y la madera no demasiado seca.

UN TERCERO. Era un buen muchacho, ese Teddy. Antes tuvo en algún lado una tiendecita. Fue su época de esplendor. Entonces aún estaba gordo como un cura. Pero arruinó su negocio por un asunto de faldas y se vino aquí, y con los años perdió la panza.

OTRO. ¿Nunca hablaba de ese asunto de faldas?

EL TERCERO. No. Ni tampoco sé si tenía la intención de volver a

bajar. Ahorraba bastante, pero podía ser también por frugalidad. Aquí arriba sólo nos contamos mentiras. Es mucho mejor así.

UNO. Hace una semana dijo que, en invierno, se iría al norte. Al parecer, tenía en algún lugar una cabaña. ¿No te dijo dónde, Elefante? A *Baal*: ¿No hablasteis de ello?

BAAL. Déjame en paz. No sé nada.

EL ANTERIOR. ¿Seguro que querrás instalarte en ella, no?

EL SEGUNDO. De ese no se puede uno fiar. Acordaos de cuando colgó nuestras botas en el agua toda la noche, para que no pudiéramos ir al bosque, sólo porque, como de costumbre, tenía pereza.

OTRO. No se gana el dinero que cobra.

BAAL. ¡No os peleéis hoy! ¿No podéis pensar un poco en el pobre Teddy?

UNO. ¿Y tú dónde estabas cuando por fin estiró la pata?

Baal se levanta y se acerca a Teddy a través del césped. Se sienta a su lado.

EL ANTERIOR. ¡Baal no puede andar derecho, muchachos!

OTRO. ¡Déjalo! El Elefante está conmovido.

EL TERCERO. Realmente, podríais calmaros un poco, mientras él esté todavía ahí.

OTRO. ¿Qué estás haciendo con Teddy, Elefante?

BAAL, *inclinado sobre él*: Él tiene su sosiego, y nosotros nuestro desasosiego. Y las dos cosas son buenas. El cielo está negro. Los árboles tiemblan. En alguna parte se hinchan las nubes. Ese es el decorado. Podemos comer. Después de dormir, despertaremos. Él no. Nosotros. Y será doblemente bueno.

OTRO. ¿Cómo dices que está el cielo?

BAAL. EL cielo está negro.

OTRO. Tú no estás bien de la cabeza. Siempre les toca a los que menos se lo merecen.

BAAL. Sí, es maravilloso, amigo mío, en eso tienes razón.

UNO. A Baal no puede tocarle. Nunca está donde se trabaja.

BAAL. Teddy, en cambio, era trabajador, Teddy era generoso,

Teddy era sociable. De todo eso sólo queda una cosa: Teddy era.

EL SEGUNDO. ¿Dónde estará ahora?

BAAL, *señalando al muerto*: Ahí.

EL TERCERO. Yo pienso siempre que las pobres almas son el viento, especialmente al atardecer, en primavera, pero también en el otoño lo pienso.

BAAL. Y en el verano, al sol, sobre los trigales.

EL TERCERO. Eso no. Tiene que estar oscuro.

BAAL. Tiene que estar oscuro, Teddy.

Silencio.

UNO. ¿Adónde vamos a llevarlo, muchachos?

EL TERCERO. No tiene a nadie que lo quiera.

OTRO. Estaba solo en el mundo.

UNO. ¿Y sus cosas?

EL TERCERO. No hay mucho. El dinero lo llevaba a alguna parte, al banco. Allí se quedará, aunque él falte. ¿Sabes tú algo, Baal?

BAAL. Todavía no apesta.

UNO. Tengo una idea muy buena, muchachos.

OTRO. ¡Venga!

EL HOMBRE DE LA IDEA. Muchachos, no sólo al Elefante se le ocurren ideas. ¿Qué os parece si nos bebemos una ronda a la salud de Teddy?

BAAL. Eso es una inmoralidad, Bergmeier.

LOS OTROS. Tonterías, inmoralidad. —Pero qué vamos a beber? ¿Agua? —¡Avergüénzate, chico!

EL HOMBRE DE LA IDEA. ¡Aguardiente!

BAAL. Apoyo la propuesta. El aguardiente es moral. ¿Pero qué aguardiente?

EL HOMBRE DE LA IDEA. El de Teddy.

LOS OTROS. ¿El de Teddy? —Eso no está mal. —¡Su ración! —Teddy era ahorrativo. —¡Para ser idiota, has tenido una buena idea, chico!

EL HOMBRE DE LA IDEA. ¡Una idea genial, eh! ¡Demasiado para vuestras cabezotas! ¡El aguardiente de Teddy para los funerales de Teddy! ¡Algo barato y digno! ¿Le ha dicho ya alguien unas palabras a Teddy? ¿No habría que hacerlo?

BAAL. Yo.

ALGUNOS. ¿Cuándo?

BAAL. Antes. Antes de que empezara a decir bobadas. Comenzaban por: Teddy tiene su sosiego... Sólo os dais cuenta de las cosas cuando ya han pasado.

LOS OTROS. ¡Imbécil! —¡Vamos a buscar el aguardiente!

BAAL. Es una vergüenza.

LOS OTROS. ¡Vaya! —¿Y por qué, gran Elefante?

BAAL. Es propiedad de Teddy. No podemos romper su barrilito. Teddy tiene mujer y cinco pobres huérfanos.

UNO. Cuatro. Sólo son cuatro.

OTRO. Y ahora lo dicen.

BAAL. ¿Vais a quitarles de la boca a esos cinco pobres huérfanos de vuestro Teddy el aguardiente de su padre? ¿Qué clase de religión es ésa? :

EL ANTERIOR. Cuatro. Cuatro huérfanos.

BAAL. ¿Les vais a quitar el aguardiente de la boca a los cuatro huérfanos de Teddy?

UNO. Teddy no tenía familia.

BAAL. Huérfanos sí, amigos míos, huérfanos.

OTRO. Vosotros, a los que ese Elefante loco os toma el pelo, ¿creéis que los huérfanos de Teddy se van a beber el aguardiente de Teddy? Está bien, es propiedad de Teddy...

BAAL, *interrumpiéndole*: Era...

OTRO. ¿Qué quieres decir?

UNO. Habla por hablar. No tiene sentido común.

OTRO. Lo que yo digo es: era propiedad de Teddy, y por consiguiente se lo pagaremos. Con dinero, dinero contante, muchachos. Y entonces, que vengan los huérfanos.

TODOS. Esa es una buena propuesta. El Elefante ha sido derrotado. —Tiene que estar loco, para no querer el aguardiente. —¡Vamos a bebernos sin él el aguardiente de Teddy!

BAAL, *llamándolos a gritos*: ¡Volved al menos, malditos salteadores de cadáveres! A *Teddy*: ¡Pobre Teddy! Y los árboles son hoy bastante fuertes y el aire es bueno y suave, y yo me siento interiormente hinchado, pobre Teddy, ¿no te hace cosquillas? Estás completamente acabado, déjame que te lo diga, pronto apestarás, y el viento seguirá, todo seguirá, y tu cabaña sé dónde está, y tus cosas te las quitarán los vivos, y tú lo dejaste todo en la estacada y sólo querías tu sosiego. Tu cuerpo no estaba todavía tan mal, Teddy, todavía no lo está ahora, sólo un poco averiado por un lado, y luego las piernas... con las mujeres no hubieras tenido nada que hacer, no se puede poner algo así entre las piernas de una mujer. Le levanta una pierna al muerto. Pero en conjunto, en ese cuerpo se hubiera podido vivir aún con buena voluntad, muchacho, aunque tu alma era condenadamente noble, su morada estaba deteriorada y las ratas abandonan el barco que se hunde; has sido víctima exclusivamente de tus costumbres, Teddy.

LOS OTROS, *volviendo*: ¡Eh, Elefante, vas a ver lo que es bueno! ¿Dónde está el barrilito de coñac que había bajo la cama de Teddy, chico? —¿Dónde estabas tú mientras nos ocupábamos del pobre Teddy?

En este momento, continúa la transcripción...